

Decidme, hermanos míos: ¿no habeis de tener jamás miras más altas ni sentimientos más conformes con la religion que profesais? A los bienes transitorios llamais gracias del Cielo, mirando como nada lo demás. ¿Es eso lo que la fé os enseña? La fé os dice, por el contrario, que la adopcion divina, que en tan poco teneis, lo es todo, porque con ella todo lo poseeis. La prosperidad temporal, la opulencia, y lo demás que de esto proviene, lo considerais como medida de la felicidad del hombre que viene al mundo; pero la religion os dice, que, frecuentemente, esos que llamais bienes son males positivos, ó cuando ménos, ocasion de las mayores desgracias, porque suelen ser origen de la perdicion y ruina del alma. Luego, si os expresais de la manera que he supuesto es, porque desconoceis el valor de otros bienes, de los bienes verdaderos, que son la gracia de vuestra regeneracion.

¡Santísima Virgen! alcanza para estos cristianos ingratos, así como para todos nosotros, la gracia de que cerremos los ojos de la carne, para que no nos alucinen los objetos materiales; y de que abramos los ojos del alma para comprender mejor el dón que de Dios hemos recibido en nuestra regeneracion espiritual. Obtiene para nosotros el favor de que apreciemos, como se merecen, los bienes que encierra la gracia del bautismo, y de considerar como el más precioso titulo el carácter indeleble de santidad, el carácter divino que tenemos desde que somos miembros, hermanos y coherederos de Jesucristo Señor nuestro. Así sea.

PREDESTINACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Prædestinavit Deus ante sæcula in gloriam nostram.

Dios la predestinó antes de los siglos para gloria nuestra.

(I COR. II, v. 7.)

San Pablo llama á Jesucristo Hijo de Dios, que nació segun la carne, de la sangre y progénie de David; y fué predestinado Hijo de Dios con soberano poder, segun el espíritu de santificacion (1).

Dios, por decreto eterno, quiso que el Verbo divino se uniese hipostáticamente con la naturaleza humana, en la persona de Jesucristo. Jesucristo, pues, es verdadero Hijo de Dios; y considerándolo bajo el punto de vista de su santísima humanidad, es, como el grande Apóstol le llama, predestinado. Y en efecto, predestinado fué para ser cabeza de todos los escogidos.

Cualquiera que confiesa con S. Pablo, que Jesucristo es predestinado, reconoce por el mismo hecho, que Jesucristo es hijo del hombre, hijo de María, por la descendencia de Abrahán y de David, á quienes fué hecha la promesa del Mesías.

Sentado este principio, añadimos nosotros, que la predestinacion de Jesucristo contiene de tal modo en sí la predestinacion de María, que es imposible concebirla una sin la otra. Jesús y María están inseparablemente unidos en el decreto eterno de la predestinacion que tiene por objeto al Salvador del mundo; pues, así como Jesús no se halla en el plan inmutable y eterno de Dios sinó como Hijo del hombre, tampoco se encuentra sinó como Hijo de la Virgen, como Hijo de María; de donde es de concluir, para gloria de María, que fué pre-

(1) ROM. I, 3, 4.

destinada á la divina Maternidad y á los privilegios inseparables de esta sublime prerogativa, por el mismo decreto que predestinó á Jesús, Dios y hombre, á ser el primero y cabeza de todos los escogidos.

La predestinacion de María será anunciada, y Dios mismo la publicará, desde el principio del mundo, de la manera más solemne. El hombre acababa de separarse de Dios por el pecado, despues que el demonio hubo obtenido sobre él una horrible victoria. Ya la maldicion divina pesaba con todo rigor sobre la raza infortunada de Adán; pero Dios se acordó de su misericordia. En medio de las amarguissimas lágrimas que vierten nuestros desdichados padres, en medio de los sollozos y gemidos que desgarran su corazon, son visitados por la bondad divina, y fortalecidos en la esperanza. Oigamos la palabra magnifica y profundamente sublime que sale de boca del Señor: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre su posteridad y la tuya; la mujer quebrantará tu cabeza* (1).

Existen entre Dios y María relaciones estrechas de que nunca podremos hablar dignamente, por la mismo que no somos capaces de apreciarlas bien. Estas relaciones deben considerarse en la union que la Maternidad divina ha establecido entre la Madre de Dios y cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad; union indisoluble, que ni el poder mismo del Infierno puede quebrantar. Antes de hablar de ellas pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

Los Santos dán á María el dictado de Hija de Dios Padre. Indudablemente, Dios, por su naturaleza, no tiene más que un Hijo, consustancial con Él, y Dios como Él; pero se complace en tener hijos adoptivos, á quienes comunica la bienaventuranza de que goza. Ahora bien; entre los hijos adoptivos de Dios es cierto, que María ocupa el primer lugar; y es cierto, además, que María lleva el título de Hija de Dios de una manera incomparablemente más exacta que nosotros. ¿Qué ha hecho Dios, pues, predestinando á María á la divina Maternidad? Ha hecho una eleccion entre todas las hijas de Eva; eleccion única, que jamás se repetirá, ni tendrá igual en otra criatura alguna, por muchos y muy grandes que sean por otra parte los favores que la divina misericordia pueda dispensarla. En virtud de esta eleccion, don gratuito, gracia la más sublime de todas, comunica Dios á María dos privilegios, cuya excelencia es incomparable. El primero, el de asociarla á su divina paternidad. Dios es padre de una manera

(1) GEN. III.

incomprensible: por sí solo engendra eternamente á su Hijo único. Para hacer, pues, de María la Madre de su Hijo, concédela Dios el privilegio de ser madre, en cierto modo, como Él es padre. Siendo virgen, concebirá y dará á luz al Hijo, sin menoscabo de su entereza. María será madre á la manera que Dios es padre; de forma, que si Jesucristo, como Dios, tiene padre sin madre, tambien, como hombre, tiene madre sin padre. Ahora pregunto: si Dios ha comunicado á ninguna otra criatura este privilegio exclusivamente suyo.

Segundo privilegio. El Verbo divino se reviste de nuestra naturaleza, haciéndose hombre en el seno de María. Desde entónces, su cuerpo pertenece á María, su carne es una porcion de la carne de María, siendo esta una de las razones porque María es verdadera Madre de Dios. Pero, como Jesucristo es Dios y hombre juntamente, miéntras Dios le llama Hijo, María le dá el mismo nombre, y con igual verdad. ¡Oh profundísimo misterio! ¡Oh abismo de maravillas! La carne de la Madre es la misma que la del Hijo; la carne del Hijo está unida á la Divinidad; y la Divinidad del Hijo no es otra que la Divinidad del Padre. ¿Con qué palabras explicaremos, pues, la relacion que media entre la Virgen Madre, y el Padre Eterno? Santo Tomás y otros muchos doctores llaman á esta relacion afinidad. Puedo, en consecuencia, aplicar á María el dicho del Eclesiástico: «Soy la primogénita de Dios salida de Él antes de los siglos.» Sí; María es, en efecto, la primera entre los hijos de Dios; es por excelencia la hija de Dios, en razon á que no puede dar el nombre de hijo al Verbo encarnado, sin conceder á la Madre de Él la sublime prerogativa de ser su hija predilecta, elevada sobre todos los hijos de Dios. ¿Será necesario ahora que nos esforcemos en representar los variados dones, y las gracias sublimes con que el Padre Eterno enriqueció á María, ó preferiremos investigar algo del amor de que María es objeto por parte de Dios? Pero cada punto de estos constituye un Océano sin límites, un abismo sin fondo. ¿Quién es capaz de medir la extension del uno, y la profundidad del otro? ¡Dios mio! nosotros nos complacemos en confesar nuestra impotencia. Bástanos saber, que podemos alabar siempre, y siempre admirar á María, añadiendo nuevas alabanzas y nueva admiracion, sin llegar nunca á decir ni entender cosa alguna que traspase los límites de la realidad.

Pero ¿no hay enseñanza alguna en ese decreto, por el cual Dios predestina á María á ser su primogénita é hija predilecta? ¿No estamos por ventura comprendidos en este acto del supremo poder y del amor infinito? ¡Oh! sin duda. En todo eso hay una verdad consoladora

para nosotros. Es absolutamente cierto, que la encarnacion del Verbo tuvo por fin dar á Dios Padre gran número de hijos adoptivos. San Juan, hablando de Jesucristo, dice: «A todos los que le recibieron dióles el poder de llegar á ser hijos de Dios (1). Esta adopcion celestial se verifica por medio de una operacion divina, atribuida al Espíritu Santo, que se comunica á las almas con sus preciosos dones. Ved ahí la razon que tenia san Pablo para escribir á los primeros discípulos del Salvador lo siguiente: «No habeis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía con temor, sinó que habeis recibido el espíritu de adopcion de hijos de Dios, en virtud del cual clamamos: ¡Padre! en razon á que ese mismo espíritu está dando testimonio de que somos hijos de Dios (2).» El hombre, pues, está destinado á ser hijo de Dios por adopcion; destino que llena realmente por el bautismo. Y como los hijos son de la misma naturaleza que su padre, así tambien nosotros, despues de recibir este sacramento, *participamos de la naturaleza divina*, como S. Pedro asegura (3). Por otra parte, como los hijos heredan los bienes del padre por derecho de sucesion, nosotros somos *herederos de Dios*, como dice san Pablo (4). Mas ese decreto de misericordia y de amor, se nos replicará, no se ha expedido sinó en beneficio de los predestinados; luego, en la duda que abrigamos sobre cuanto concierne á nuestra predestinacion, nos es imposible entregarnos á la confianza, ó, cuando ménos, á una confianza sin limites. ¡Insensatos! ¿cómo no veríamos una estratagema del demonio en esa desconfianza tan injuriosa para Dios? Pues qué, ¿no nos asegura el Espíritu Santo, que *Dios quiere que todos los hombres se salven* (5)? ¿Y osaremos pensar que Dios no quiere nuestra salvacion? Dios nos ha predestinado libremente, por pura misericordia, á la gracia, que es como el gérmen de la gloria. Ha querido, por efecto de su infinita bondad, predestinarnos á la fé y al conocimiento de la verdad, justificándonos por el bautismo, y abriéndonos los tesoros de su misericordia cada dia, siempre que le ofendemos por el pecado. En una palabra, Dios nos ha hecho hijos de adopcion; y como á tales, nos concede á cada instante nuevas gracias, y, particularmente, la de poder acercarnos á la sagrada Mesa para alimentarnos con la carne y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Estas son verdades incontestables.

- (1) JOAN. I.
 (2) ROM. VIII.
 (3) PETR. II.
 (4) ROM. VIII.
 (5) TIM. II.

que ningun cristiano se atreverá á negar. ¿Dónde está, pues, el motivo de nuestra desconfianza? De nuestra flaqueza, de nuestra resistencia voluntaria á la gracia, todo debemos temerlo, es verdad; pero de nuestro Padre celestial todo debemos esperarlo. Nuestra perdicion eterna solo de nosotros, absolutamente de nosotros solos, puede venir.

Ahora más que nunca conozco, que el demonio es quien turba vuestra alma, para detener los ímpetus de vuestro corazon, que debe sentirse atraído por el Dios de bondad, el cual, no contento con haberos predestinado á la cualidad de hijos adoptivos, os dá diariamente y á cada momento nuevas prendas de su cariño paternal. En su casa vivís, y con Él podeis conversar familiarmente; hijos suyos os llama, y á su Mesa os sentais; todos sus tesoros, todos sus bienes están á vuestra disposicion; y en vez de arrojaros á sus brazos con amorosa confianza, de amarle con tiernísimo y afectuoso amor, como se ama á un padre excelente, ¿os parais cobardes ante una duda, que no debiera haberos ocurrido nunca, si el enemigo de vuestra salvacion no la hubiese hecho nacer en vuestro ánimo para helar el corazon, é impedirle que agradezca y ame á Dios? ¡Oh locura! ¡Oh ingratitud! ¡Oh culpable desconfianza de la bondad divina! No, Padre amantísimo; nada queremos temer de Vos. Si alguna vez se presenta este sentimiento de cobardía en nuestra alma, seguiremos el consejo de San Agustin cuando nos dice: «Si tienes miedo á Dios, arrójate en sus brazos.» Maria, Madre de la santa esperanza, á tus piés nos postramos con la seguridad de que, invocándote, disiparás toda nuestra desconfianza.

Si Dios Padre resolvió desde la eternidad salvar al género humano por medio de la encarnacion de su Hijo, Dios Hijo respondió en la eternidad al Padre, diciendo: *Tú me apropiaste un cuerpo.... Héme aquí que vengo, oh Padre, para hacer tu voluntad* (1). Siguese de ahí, que el Hijo Eterno del Altísimo eligió desde la eternidad á una Madre para sí, predestinando á una hija de Eva al honor de la divina Maternidad. ¡Oh, qué amor ha tenido eternamente á Maria, Aquel que había de llamarla Madre! El Evangelista consignó una gran palabra cuando escribió: *Maria, de quien nació Jesús* (2). Esa es la palabra que admira á los ángeles y á los hombres, y que significa el manantial y la medida de todas las perfecciones que concurren en la Reina de las vírgenes. Dos escritores sagrados, perfectamente instruidos de las eminentes prerogativas de Maria, como secretarios, digámoslo así, de

- (1) HEBR. X.
 (2) MATTH. I.

Jesucristo, no dán á la Santísima Virgen otro título que el de Madre de Jesús. ¿Por qué? Porque despues de agotar todos los elogios que pueden hacerse de María Santísima, despues de enumerar todos sus títulos y prerogativas, habrían tenido que pararse al llegar á esta expresion profunda: *Madre de Jesús*; confesando, que no hay nadie capáz de sondear este abismo de gloria y de grandeza. Para comprender la altura de la gracia que Dios Hijo concedió á María al predestinarla á la divina Maternidad, sería preciso comprender ántes quién es el mismo Jesucristo; se necesita levantar el vuelo como el águila de los Evangelistas, y lanzarse á las profundidades de Dios, contemplar su gloria, sumergirse en los eternos resplandores del Sol de justicia, hasta poder decir lo que el Verbo divino es por naturaleza, como es sabiduría de Dios, imágen de la sustancia de Dios, esplendor de su gloria, Hijo eterno, en fin, del Altísimo. Así, pues, como no es dado á la humana inteligencia abarcar toda la grandeza y santidad de la persona del Hijo de Dios hecho hombre, así tambien el lenguaje de los hombres es del todo impotente para enumerar las maravillas que encierra la predestinacion de una hija de Adán á la dignidad de Madre de Dios, porque, en resúmen, María es dignísima Madre de Jesús, así como Jesús es adorable Hijo de María.

¿Quién dirá ahora los tesoros de gracia y santidad de todo género que Dios Hijo derramó sobre María al elegirla para Madre? San Pablo dice: *Dios, que nos ha dado su propio Hijo, ¿qué podrá negarnos* (2)? Este raciocinio aplicado á nuestro tema, sería, por sí solo, suficiente para hacernos descubrir toda la extension de los sublimes dones otorgados á María en el instante de su concepcion. Manda Dios al hombre que honre á su padre y á su madre. Y cuando el Hijo es Dios como Jesucristo, ¿qué hará? Honrar tambien á su Madre. Ahora bien: el honor tributado á una madre es un título de gloria para el hijo. A más de esto, un hijo honra á su madre, más ó menos, segun las cualidades de su inteligencia y de su corazon. Siendo esto incontestablemente positivo, pregúntome á mí mismo: ¿cómo honró Jesucristo á su Madre? Sin duda la honró de una manera digna de Él, es decir, digna de Dios. Con esto he dicho bastante. Me declaro impotente para expresar todo lo que comprendo y todo lo que admiro. María, como Madre, será honrada por su Hijo, que siendo Dios, tiene en consecuencia que honrarla de un modo digno de Dios. ¿Pasaré más adelante? No: pues aunque me atreviera á exponer mi pensamiento, de seguro

(1) ROM. VIII.

no sería comprendido.... Mas ¿por qué, Madre mia, no lo he de comunicar á algunas almas escogidas? Sí, os lo aseguro, hermanos míos; todo lo más elocuente y hermoso que los padres de la Iglesia, los doctores y los santos han escrito de María, me parece frio, pálido, imperfecto, cuando me pongo á meditar esta palabra: *María, Madre de Jesús*.

Aún no lo he dicho todo. Una madre que no viera en su hijo nada que pareciese proceder de ella, le amaría ménos. Ha de existir, pues, entre el hijo y la madre una semejanza natural. Segun esto, la ley de la naturaleza ha tenido que observarse de la manera más perfecta cuando Dios ha tomado Madre. De donde me creo con derecho á deducir, para gloria de María, que fué criada segun el modelo divino, que es Jesús; y que el Hijo de Dios, predestinando á María para Madre suya, concedióla, por esta misma razon, todo lo que era necesario para que se pudiera decir eternamente de Ella: *digna Madre de tal Hijo* (1). ¡Alma mia, calla, admira y contempla, sumergiéndote en este océano inmenso de gloria y de santidad! Pero, ¡oh misterio de la gracia! El Hijo de Dios nos ha predestinado tambien á ser hermanos suyos. Y como los hermanos tienen una misma madre, María lo es nuestra, así como nosotros somos sus hijos adoptivos. Así lo quiso Jesucristo cuando explicó su voluntad de un modo sobrado explícito, para que no pudiera dejar alguna duda, diciendo: *Hé aquí á tu Madre. Hé aquí á tu Hijo* (2). Tal es, hermanos míos, nuestra dignidad. Pero no olvidéis, que de esta dignidad nacen tambien nuestras obligaciones, las cuales consisten en vivir como vivió nuestro hermano mayor Jesucristo, y en hacernos dignos de ser llamados hijos de María, por la semejanza que ha de existir entre nosotros y nuestra Madre. Meditemos estas verdades, y si no nos parecemos aún en nada á nuestra Madre y á nuestro divino Hermano, la devocion que creemos tenerles es ilusoria.

Si la obra de la santificacion de las almas debe atribuirse al Espíritu Santo, como es cierto, segun la doctrina de la Iglesia, no podemos dudar de que el Espíritu Santo se encargaría especialmente de preparar el alma y el cuerpo de María, para hacer de Ella un tabernáculo digno de la divinidad. Segun esto, el Espíritu Santo predestinó desde la eternidad á María, para hacerla vaso de eleccion que exhalase el divino aroma, derramándolo por el mundo entero. Todos los padres de la Iglesia llaman á María Esposa del Espíritu Santo.

(1) MATTH. II.

(2) JOAN. XIX.

Este lenguaje se apoya en las palabras mismas del Evangelio concierne á la Encarnacion del Verbo: *Lo que de tí naciere*, dijo á la Santísima Virgen el arcángel S. Gabriel, *será santo, y se llamará Hijo de Dios*. No podía ser de otro modo. La obra mayor del poder y de la sabiduría del Altísimo es Jesucristo, y esta misma obra lo es del amor infinito; luego, el Espíritu Santo es el autor directo de esa admirable creacion del cuerpo y alma de un Dios, del cuerpo y alma unidos á la persona del Verbo, Hijo de Dios. Cuando María oye que ha de ser madre, retrocede, refugiándose, en cierto modo, en la gloria de su virginidad; mas el embajador del Cielo la tranquiliza diciéndola: *El Espíritu Santo descenderá á tí, y la virtud del Altísimo te rodeará con su sombra* (1). El Espíritu Santo se hace fecundo en María, por medio de María, ¡Misterio inefable! ¿Quién dirá las grandezas y la santidad de María, considerada en el concepto de Esposa del Espíritu Santo? Existiendo en el seno de Dios, de toda eternidad, el decreto de predestinacion á favor de María, hay que reconocer necesariamente, que el Espíritu Santo, en el primer momento de la creacion de María, abrió sus tesoros á favor de Aquella á quien los siglos todos habían de llamar Esposa suya. María debió de ser hermosa con la hermosura de Dios, aún ántes de ser elevada al honor de que se trata; debió de ser rica de un modo conveniente á la alianza que iba á contraer. ¿Quién pues concebirá todo lo que pasó en el alma de María, todo lo que el Espíritu Santo hizo en su corazon, que sin dificultad llamaría yo adorable, desde el primer momento de su existencia, hasta el punto en que se cumplieron los más profundos misterios?

El Espíritu Santo fué quien proporcionó á María los bienes que debía ofrecer á su celestial Esposo. Estos bienes, que desde luego podemos dar á conocer, se encerraron en las dos más altas cualidades de María: la virginidad y la humildad. En el Cantar de los Cantares se leen estas simbólicas palabras: «Has herido mi corazon, esposa y hermana mia; le has herido con uno de tus ojos, con uno de tus cabellos que flotan sobre tu cuello.» Ese ojo que hiere el corazon del Espíritu Santo, es la pureza más que evangélica de la celestial Virgen; pues la santa virginidad es, propiamente, el ojo más brillante de la Iglesia; ojo vivo, penetrante y agradable. El cabello que flota sobre el cuello de la esposa, significa su humildad, humildad uniforme é igual en toda su extension como un cabello; humildad que se tiene en ménos, y aparenta ménos importancia que un cabello; humildad

(1) LUC. I.

más flexible y dócil que un cabello; humildad que cubre la cerviz, asiento de la obediencia, cuando inclina á la sumision perfecta. Así es como María, predestinada á ser Esposa del Espíritu Santo, se muestra digna, en cuanto puede serlo una criatura, de tan celestial é inefable alianza.

Ahora conviene que sepamos y que jamás olvidemos otra cosa no menos positiva, y es: que el alma fiel es asimismo llamada en los sagrados Libros Esposa del Espíritu Santo, el cual descende á Ella, y en su interior fija la morada. San Pablo es quien lo afirma. *¿No sabes, dice, que nuestros cuerpos son miembros de Cristo... y templos del Espíritu Santo que habita en nosotros, el cual habeis recibido de Dios, y que ya no os perteneceis* (1)? Esta dichosa union la realizó el Espíritu Santo por medio del bautismo. ¿La hemos roto, desgraciadamente, por la culpa? No es difícil conocer si vive. El Espíritu Santo se une al alma fiel para fecundizarla. El alma unida al Espíritu Santo procrea espiritualmente. ¿Qué ha de nacer de ella? Jesucristo. ¿No decimos á María, «Bendito el fruto de tu vientre, Jesús»? Pues bien: ¿cuáles deben ser los frutos de bendicion que Dios espera de nosotros? Uno solo nos pide; Dios quiere que produzcamos á Jesús, esto es: el espíritu de Jesús, los sentimientos de Jesús, el lenguaje de Jesús, la vida de Jesús. Sí, hermanos míos; el Espíritu Santo se dá como esposo á nuestra alma, para que nuestra alma dé la vida á Jesús; primero, dentro de sí misma, como María; y luego, fuera de ella, comunicándolo á los demás, como la Santísima Virgen dió su Hijo al mundo entero. ¡Oh! ¿Quién comprenderá estas cosas? ¿Quién las sentirá dignamente? Mas para que un alma sea verdaderamente esposa del Espíritu Santo, y por lo mismo sea capaz de dar á luz á Jesucristo, es indispensable que, como María, ofrezca al divino Esposo una dote digna, la cual consiste en la pureza y la humildad. Quien carezca de estos dos bienes tan esenciales para la vida espiritual, vanamente estará persuadido de que vive y obra por el Espíritu Santo, porque nunca llegará á nacer de él Jesucristo.

Dulcísima María, tierna y cariñosa Madre; cúbrenos con tu manto, y respiremos el aroma suavísimo que de Ti se desprende. Solo así llegaremos á amar las admirables virtudes que te hicieron digna de ser Esposa del Espíritu Santo.

(1) I. COR. VI.